

BARRIO CHINO, TÚNELES Y FANTASMAS

Alfio A. Puglisi



Este trabajo no va a gustar a quienes poseen aún frescos los recuerdos de sus travesuras de adolescentes, tan ávidos de vida, que lograron penetrar en este misterioso territorio con ánimo explorador. Menos aún a quienes fueron sus asiduos concurrentes. Acaso, al describirlo, me quedé corto o cuidé demasiado las formas, sin brindar mayor detalle. La leyenda siempre algo trae, el mito vela y revela al mismo tiempo. Sólo los iniciados comprenderán. Créanme, la realidad supera siempre la fantasía.

Voy a hablar del barrio chino.

Toda unidad militar, toda base, todo regimiento, posee un barrio chino. Forma parte de su geografía y constituye un lugar único, singular e irrepetible. Se trata de un sector, de un área con fisonomía propia, una aldea dentro de la ciudadela, tal que queda adscripta dentro de la cultura institucional, de su folclore y de su historia.

Pero, ¿qué es un barrio chino?

Es un lugar situado dentro de la unidad militar, que suele estar próximo al área de servicios y a la cantina. Casillas, galpones, construcciones antiguas o precarias, transformados en depósitos, talleres y garajes, algún pequeño detal de servicios, etc., todo relacionado con la logística. Allí trabaja el personal subalterno y civil, muchos con un largo desempeño en la institución. En cada sitio se presta un determinado servicio, y esta gente es quien mejor conoce cómo se manejan las cosas institucionalmente. Se las saben todas, pero hacen sólo la justa.

Cada poblado comenzó como una serie de construcciones precarias, no previstas originalmente en plano alguno, que luego fueron creciendo, consolidándose. Cada encargado fue agrandando el cargo, mejorando su hábitat con muebles antiguos o rezagos, que muchas veces otros querían tirar y que ellos rescataron para sí. Le agregaron cierta decoración, la infaltable cafetera y, por qué no, una heladera. Este personal se cambia, desayuna, merienda y, a veces, come y hace una siesta en su despacho. En general, vive allí. ¡Ah!, también trabaja allí.

El barrio chino posee cierta liberalidad, es poco fiscalizado, todos saben que existe, qué se hace en él y lo toleran. ¿Y qué se hace? Pues, en ellos se da una economía marginal basada en el trueque. Allí se puede conseguir un tarro de pintura a cambio de un gabán, se puede gestionar un permiso y negociar un cambio de guardia, conseguir alimentos para el buen provecho o algún “servicio” que, si es reiterado, se transforma en un ser-vicio. Las inspecciones no llegan al barrio chino, y este lentamente crece. Algunos guardan papeles y expedientes en algún altillo, y sólo ellos saben qué guardan, para qué lo guardan y el orden interno en el que lo guardan. Lo mismo pasa con los materiales de consumo: muchos encargados del pañol guardan carpetas, cuadernos, lapiceras, etc., y, cuando no, repuestos, indumentaria, atributos, etc., “para más adelante”.

El profesor Alfio A. Puglisi es maestro normal nacional, profesor en Filosofía y Pedagogía, licenciado en Metodología de la Investigación y doctor en Psicología.

Ex profesor de la Escuela Naval Militar, 1969-2013.

Asiduo colaborador del Boletín.

Tres veces Premio Sarmiento, otorgado por el Centro Naval. Premio Ensayo Histórico 2005 por su trabajo *Faldas a bordo*, publicado por el Instituto de

Publicaciones Navales.

Premio José B. Collo por su artículo “Juvenillas Navales”, en 2009.

Premio Ratto por su artículo “Profesores y alumnos de la segunda época escolar”, en 2013.

Esta gente es indispensable en las instituciones, contribuyen a conservar su historia y, también, a salir del paso ante diversas urgencias. “Preguntale a Fulano que sabe”, “Andá a verlo a Mengano a ver si tiene algo...”, es lo que se oye decir.

De tanto en tanto, aparece un jefe “purista” e iconoclasta, y el barrio chino es arranchado, blanqueado, reestructurado, derribado, etc., pero siempre renace.

Su fisonomía, su dinamismo parecido al de un mercado, junto con la variedad de personas que lo habitan, hace que se lo llame “chino”. También hay que destacar su industrialismo, su ocurrencia, su servicialidad. Algunos creen que el barrio chino creció alrededor de la lavandería manejada antiguamente por chinos. En algunas ciudades del interior, su símil es el “mercado persa”, donde se puede comprar de todo, nacional o importado, de manos de siriolibaneses, algún armenio, etc.

Muchas veces, este barrio está situado extramuros, fuera de cada unidad, pero lindante con ella, por lo que alcanza mayor autonomía y caracterización como tal. De todos modos, el barrio chino es siempre fronterizo. A veces, se entra o se sale de él por una puerta especial, por la popa, digamos. En algunos casos, se le ha agregado toda una población civil, que crece siempre alrededor de los cuarteles y que se originó con las mujeres cuarteras que seguían a sus hombres en la frontera. Los atendían, les cocinaban, los curaban y les daban el complemento afectivo que necesitaban. Algunas, las más emprendedoras, comenzaron comerciando de a poco y terminaron construyendo una pulpería, un lugar de juerga, donde se jugaba a la taba o al monte, había alcohol y dos o tres gurisas para atender la visita.

En la Isla de Santiago –hoy península a la que se accede por camino asfaltado– se habían asentado horticultores, luego floricultores y luego nada. Siempre una higuera, un limonero y una parra acompañaban los ranchos. De allí provenía el vino patero, que se produce mientras se baila y, más aún, tras mucho tomar. Algunos lo usaron como remedio en la enfermería. La inflación y la mala economía fueron liquidando su producción, y sus productores terminaron empleados en los frigoríficos y, al cerrarse estos, en el Estado. Hoy sobreviven de él.

El barrio chino posee cierta liberalidad, es poco fiscalizado, todos saben que existe, qué se hace en él y lo toleran.



En las escuelas monumentales, como en la rayuela, hay un cielo y un infierno. La dirección está en el cielo. El cadete no accede a ella, menos al sacrosanto salón donde se guarda la Bandera, que no por casualidad es sede del Consejo de Disciplina, donde se juzgan las faltas graves. Se dice que el cadete que lo pisa no vuelve jamás a él... ni a la Escuela. El infierno no es el playón durante el verano, sino los túneles que unen los diversos edificios, de buen ancho y alto, por donde pasan cañerías, tubos y cables. Tienen también una razón militar. Son multiuso, y los cadetes los amplificaron aún más, con su fantasía; los usan los de Primero, mientras no son iniciados y con su creatividad, los del último curso, que ya lo son. Los usan para esconderse, descansar, fumar un pucho o “fatearse”, algo que, según el *Military*

Slang Dictionary of Argentina, significa “estar haciendo algo no ordenado, no reglamentario o convencional, y eludir, con ello, lo dispuesto”. Thomas S. Kuhn diría que es un espacio de conflicto fronterizo con el paradigma de disciplina militar. También recuerdo que algunos los han usado, pese a los mosquitos, para estudiar o durante alguna Fiesta del Cadete. Los túneles, hoy inhabitables, constituyen el verdadero submundo de la Escuela, mayor aún que el barrio chino.

Estos dos últimos temas nos abren la puerta a ciertos personajes que rondan las bases o las unidades. Como todo territorio de frontera, tiene sus tipos pintorescos, y estos perduran en el recuerdo de exalumnos o de “destinados” y constituyen verdaderas leyendas. Después de mucho tiempo, cuando se reencuentran antiguos camaradas que coincidieron en un destino, se pregunta por ellos.

Yo recuerdo a algunos. Ahí están los hermanos Pérez: uno, secretario ayudante del Director, un caballero de muy buenos modales, cuya gravedad hacía intuir su poder; el otro, encargado de la División Ingreso, con largos años allí, conoció casi todo el país y a casi todos los oficiales. Ambos eran porteros institucionales: uno cuidaba la puerta de acceso al Director; el otro, la del ingreso a la Escuela. Servicial, caballero hasta la médula, Donato, secretario ayudante del Director del Liceo Brown, se quedó desde su conscripción como agente civil y se jubiló como tal. Era hombre de referencia en la zona. Otros dos hermanos memorables eran los Radakoff: uno, en Río Santiago; el otro, en Núñez, en Mecánica. Eran algo rústicos, sin dudas formados en el mar. Llamaban las cosas por su nombre y, a los cadetes, por lo que eran. A veces, se les escapaba con su fina voz un “paparulo”, y otras veces, otro epíteto más popular aún. Esto ocurría porque no toleraban las cosas mal hechas, y exigían rapidez y celo al hacerlas. Enseñaban Nomenclatura Marinera y acompañaban los primeros pasos náuticos de los cadetes, vacilantes y con miedo en sus primeros embarcos. Si en los seminarios hay un maestro de novicios, ellos actuaban como tal. Tuvo el Liceo un experto en el tema que nunca pudimos traer a la Escuela: Edmundo Soulé, el gran *Chule* para los cadetitos. Formó decenas de promociones amarinándolas y capacitándolas para navegar. Era un señor del mar por sus modales, aun cuando perdía el genio ante ciertas reclutadas¹ propias de quienes se inician. Algún día, alguien escribirá sus anécdotas y les dará forma, como hizo Ricardo Güiraldes con *Don Segundo Sombra*, un gaucho que inicia a su futuro patrón y, en ellos, vemos al personal subalterno formando al personal superior, tal como en *Reto al Destino*. Todos guardan inmensos recuerdos de ellos.

El detal de la IM era atendido por dos suboficiales: Figueroa –de los Figueroa de Catamarca– y Vietta. Ambos verdaderos caballeros, a la antigua, siempre vestidos con traje, nunca los vi de *sport*. Vietta era particularmente ceremonioso y lento, insistente en los modales, se aproximaba al tipo obsecuente, sin serlo. Cuando la gente de Tesorería nos entregaba los sobres con nuestro sueldo en la sala de profesores puntualmente el 28 de cada mes (¡qué nostalgia me invade!), en la cafetería contigua, Vietta contaba el dinero, separaba una parte para que su mujer administrara la casa, reservaba algo para sí y decía: “Esto es para las gárgaras”. Esa cafetería era atendida por Verdugo –vaya apellido–, telefónico de noche y mozo de día, quien dormía hasta el primer recreo. Alguna vez improvisó un filtro de café con una media de ropería. Era permisivo con las cucarachas, y muchas veces estas se colaban en los pocillos desde la cafetera. Otro personaje recordable es “Tijeras”, que no era el peluquero, sino que, electricista de día y operador de cine de noche, cortaba las películas cuando en ellas subía la temperatura.

Viene a mi memoria el viejo (y gordo) carnicero negro, caboverdiano, que casi no hablaba español, pero que con su media lengua se las ingeniaba para decir: “Che, pibe, ¿me das un faso?”. Otro gordo notable fue el suboficial retirado Pezzuchi. No caminaba,



Ruinas de los que fuera el barrio chino en la isla Martín García.

Muchas veces, este barrio está situado extramuros, fuera de cada unidad, pero lindante con ella, por lo que alcanza mayor autonomía y caracterización como tal.

¹ Acción propia de reclutas.



Como todo territorio de frontera, tiene sus tipos pintorescos, y estos perduran en el recuerdo de exalumnos o de "destinados" y constituyen verdaderas leyendas. Después de mucho tiempo, cuando se reencuentran antiguos camaradas que coincidieron en un destino, se pregunta por ellos.



se bamboleaba apoyando uno y otro pie en el piso, así lograba avanzar. Cuando subía a la lancha, había que compensar su peso, para ello, algunos se sentaban en la otra banda. Era un excelente calculista, capaz de obtener un promedio a partir de varios números de tres cifras. Tenía debilidad por las probabilidades aplicadas al ganado caballar, y había estudiado genealogías y frecuentado la pista de La Plata por las tardes. También ligeramente gordo, aunque petiso, de origen italiano, mejor aún, calabrés, el cerrajero escolar fue otro de los que nunca aprendió a hablar español. Un día, alguien advirtió que, tras largos años de servicio, se jubilaría en poco tiempo y decidió ascenderlo para que ganara algo más al retirarse (¡qué Armada aquella!). Entonces, se llamó a un examen de ascenso de categoría. Se eligió un aula vacía, se armó una mesa examinadora con tres sillas detrás del escritorio

y se prepararon tres sobres con llaves sobre ellos. Pasó el candidato y, con gran ceremonial, debió elegir su tema. Con seriedad y adustez, se lo interrogó respecto de él:

- ¿Qué tipo de llave es la del sobre?, interrogó el presidente de mesa.
- "Achitra", respondió el cerrajero con su tonalidad calabresa.
- ¿Qué abre una llave de esas?, preguntó un vocal.
- Una caca forte, respondió el cerrajero.

Ipsa facto, se dio por terminado el examen, y el cerrajero fue aprobado y ascendido, y las carcajadas se contuvieron hasta llegar a la División Personal Civil.

Me queda hablar de Juan Carlos Petoyán, *Don Peto*, como se lo conocía. Acostumbraba a abrir la puerta de las oficinas y, siempre alegre, saludaba y pasaba un chimento, contaba algún chiste o anécdota naval, inventaba algo, anunciaba la fecha de pago -algo importante en épocas de inflación-, traía un *souvenir* naval para vender o algún libro encargado. Cumplía, así, una función comunicacional importante dentro de la institución. Fue bibliotecario mucho tiempo, de la mañana al anochecer. Siempre por la tarde, abría la biblioteca de cadetes, y ellos concurrían allí desesperados para buscar un dato, asesorarse para una monografía, aislarse un minuto y sentir un poco de silencio, descargar emociones y ansiedades, o jugar una interminable partida de ajedrez.

Sirvió lealmente a la Institución durante más de treinta años. Valga una anécdota que lo pinta con toda su dedicación: un día, me había quedado para cenar con los cadetes y, al marchar hacia el comedor, veo una luz prendida en la biblioteca que resaltaba como un faro en la noche. Me acerqué, abrí la puerta y lo sorprendí arremangado y repasando con una frañela las mesas y las sillas para que estuvieran listas a primera hora. Sorprendido, me miró y, anticipándose a mi comentario, exclamó riéndose y achinando los ojos con picardía: "Y qué querés, si estos civiles no limpian nada..."

Junto con estos personajes reales, hay también fantasmas. ¿Qué viejo edificio no los tiene? ¿Qué guarnición no posee el fantasma del “Teniente sin cabeza”? Hombre caído en el campo del honor, perdió su cabeza por una mujer quien, a su vez, había perdido la suya por otro hombre. Dicen que siempre está de guardia. El “Teniente sin cabeza” suele aparecer y desaparecer ante cualquiera, en los lugares más insólitos y a horas avanzadas. No lo acompañan ruidos misteriosos de cadenas, pero sí una luminosa transparencia. Cuando los profesores debieron hacer noche en la Escuela, ante el bajón del río por un impiadoso Pampero, se habló de un fantasma. La primera promoción de cadetes femeninos observó un extraño juego de luces de origen inexplicable en una habitación pequeña y abandonada, cerca del *hall* del primer piso. Tal vez eran el antiguo calabozo y un alma en pena que vivía en él. Todo se subsanó gracias a los buenos oficios del capellán, que bendijo la zona y a las *cadetorias*. Años más tarde, hacia la medianoche, apareció el mismísimo “Teniente sin cabeza”. El hecho ocurrió en las cercanías del Puesto 5, y la centinela detectó una figura humana sentada frente al río. Lo notó reluciente y encorvado, como si estuviera con pena, pero sin ver su cabeza gacha, porque simplemente no la poseía. La curiosidad femenina pudo más, y ella se acercó; un hombre le hubiera disparado. Me imagino su adrenalina y sus palpitaciones. El cuerpo humano comenzó a diluirse, su imagen se deshacía mientras se esfumaba entre los árboles del bosque. El cabo de guardia, que tendría que haberla acompañado, regresó al trote de su rondín: había detectado que la atmósfera se ponía densa y que cierto frío envolvía la zona. Algo extraño ocurría.

Otros fantasmas recorren la isla. En el Liceo Naval, se habla del fantasma del infortunado cadete Cejas, caído en el 55 y que, sin pertenecer a la institución, causó una enorme impresión con su deceso. Dicen que, cuando aparece, su madre suele acompañarlo a la distancia, pidiendo a gritos justicia. El más particular de los fantasmas del Liceo Brown –hoy en otra zona y con distintos espectros– es el del *Loco Charly*, marinero mercante de un barco hundido, que también anda errante con pena y con culpa por sus compañeros caídos. Sorprende a los desprevenidos bisoños con sus bromas pesadas. Acaso haya sido miembro de la banda mixta de piratas ejecutados con la peor de las muertes: estaqueados en los Bajos del Temor, en el Tigre, hasta que la marea dio cuenta de ellos.

Se ha intentado un enfoque interdisciplinario, de tipo antropológico y psicosociológico, para destacar la influencia del imaginario de los grupos sociales escolares que se encuentran en el espacio educativo militar de la zona de Río Santiago, que comprende la Escuela Naval Militar, el Liceo Naval Militar y llega hasta los alrededores del antiguo Hospital Naval Río Santiago y del Astillero, que son actantes en la construcción de la cultura institucional escolar. Bla, Bla, Bla. Un proverbio haitiano dice: “Cuando aparecen los antropólogos, los dioses se repliegan”. Y yo agregó: “Las leyendas se enervan, se enfrían por el análisis y, tras ello, pierden su valor dentro de la cultura institucional”. Es que el análisis mata, y la síntesis ulterior nunca da vida a lo anterior del mismo modo. La deconstrucción es reconstrucción, pero no de lo mismo, sino simple construcción devaluada a partir del original. Concluyo, entonces, que conviene llamarse a silencio sobre ciertos temas. Yo, mutis. ■



Junto con estos personajes reales, hay también fantasmas. ¿Qué viejo edificio no los tiene? ¿Qué guarnición no posee el fantasma del “Teniente sin cabeza”? Dicen que siempre está de guardia.